

jer, pero con nueva fuerza, la coquería femenina un tanto adormecida durante el periodo que precedió. Entonces aparecieron en mí unos celos tales; cuales jamás sospechara la existencia. ¡Dios mío! ¡Qué sufrimientos! Aparte de que éstos son comunes á todos los maridos que viven como yo vivía con mi mujer, esto es, sin apelar al adulterio.

XV

¡Los celos! Ahí tenéis otro secreto de la vida conyugal, secreto que todo el mundo conoce y que todos ocultan. Al lado del mutuo rencor de los esposos, que proviene de su común envilecimiento y de muchas otras causas, los celos mutuos son uno de los orígenes de las escenas violentas que con mucha frecuencia se desarrollan en los hogares, pero como de co-

mún acuerdo se dice que debe ocultarse, todo se oculta. Todos ven en eso una desgracia personal que les apena y no un destino que es común. Esto fué precisamente lo que me sucedió. Los celos deben existir entre dos esposos que viven inmoralmente. Si no pueden acallarlos en favor de su hijo, se deduce que jamás podrán sacrificarlos en beneficio de la mutua paz y tranquilidad, porque se puede pecar en secreto, pero en provecho de la propia conciencia. Ambos saben que no hay, ni para el uno ni para el otro, obstáculos morales que se opongan á la consumación de una infidelidad, y lo saben porque ellos mismos violan todos los días y en sus relaciones recíprocas los principios de la moral, y de ahí la desconfianza mutua y la vigilancia del uno para con el otro.

¡Qué cosa más terrible son los ce-

los! No hablo de los celos verdaderos que, al menos, tienen su razón de ser; ésta produce tormentos, pero se puede encontrar la salida. Me refiero á esos celos inconscientes, acólitos fatales de toda la vida immoral, y que no tienen fin como tampoco tienen causa. Esos son como un cáncer, un mal horrendo que corre noche y día, día y noche; ¡son espantosos, verdaderamente horrendos!

¿Queréis que os cite un ejemplo? Un joven habla á mi mujer, la mira sonriendo y se me figura que con la mirada detalla su cuerpo; ¿de dónde nace esa audacia de pensar en mi mujer y en la posibilidad de hacer una novela con ella? ¿Y cómo ella, que lo ve, puede tolerar semejante cosa? Y no sólo la tolera, sino que además parece muy satisfecha y hasta lo que hace, lo observo, lo hace por él. En mi corazón se desarrolla

entonces un odio tan feroz, que todas sus palabras, todos sus gestos me excitan. Lo advierte y se corta, fingiendo indiferencia; ¡yo sufro y ella está alegre y decidora! Mi odio va en aumento y no puedo por menos de dominarlo, porque no tengo motivos para estar celoso y lo sé. Se sienta uno á su lado, se hace un papel indiferente y hasta se dispensa al joven en cuestión una acogida cordial y cortés, y luego, descontento uno de sí mismo, se quiere abandonar la habitación dejándola sola. Y se hace así efectivamente, y apenas os halláis fuera, cuando se os ocurre un pensamiento terrible y os preguntáis: «¿Qué pasará ahí dentro?» Entonces, aprovechando cualquier pretexto, se vuelve á entrar ó, si no se entra, se escucha á la puerta.

¿Cómo es posible que ella se pueda envilecer y envilecerme á mí hasta

ese extremo, haciéndome desempeñar el humillante papel de espía, tan trivial y al mismo tiempo tan indigno? ¿Y él? Pues él es lo mismo que todos los hombres, como lo era yo antes de mi casamiento. Está muy satisfecho, sonrío y me mira, como diciéndome: «¿Qué quieres? ¡Ahora me toca á mí!» ¡Sentimiento horrendo! Como no es menos tremendo el veneno que inyecta nuestras venas ¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado por poder sospechar seriamente de un hombre para arrojarle á la cara ese veneno! Con seguridad que habría quedado marcado lo mismo que si en ella le hubiesen echado vitriolo. Habríame bastado tener celos una sola vez de un hombre, para no continuar con él en el mismo tono nuestras habituales relaciones: para poderle contemplar con calma. Con tanta frecuencia arrojé á la cara de mi mujer ese vitriolo de los celos,

que, á mis ojos, quedó desfigurada. En esa época de inconsciente rencor, la arranqué la corona después de haberla, allá en mi fuero interno, cubierto de vergüenza é ignominia. La hice culpable en mi mente de las acciones más contrarias á la razón. Llegué, lo confieso avergonzándome, hasta á sospechar que, semejante á una sultana de las que figuran en *Las mil y una noches*, había sido capaz de engañarme con un criado en mis barbas y burlándose de mí.

A cada nuevo acceso de celos, y sigo refiriéndome á esos celos que no tienen causa conocida, caía yo regularmente y de una manera más honda, en el uso de mis despreciables sospechas, y otro tanto le sucedía á ella, que tenía más motivos que yo para estar celosa, puesto que conocía mi pasado y, en efecto, estaba más

celosa que yo. Sus celos me proporciónaban sufrimientos de distinta naturaleza, mas no por eso menos penosos. He aquí un ejemplo. Nos poníamos á hablar tranquilamente y me contradecía acerca de un asunto sobre el cual poco antes manifestara la misma opinión que yo, y veía que de pronto se iba acalorando sin motivo. Creyendo que estaba de mal humor y que el tema de nuestra conversación debía disgustarla, procuraba cambiar de conversación. ¡Lo mismo! Se enfadaba por cualquier cosa, por una palabra. Sorprendíame ésto y trataba de inquirir la causa; no lo conseguía y no obtenía más respuestas que unos monosílabos, alusiones ó pasar á otro asunto. Se me figuraba entonces que todo su mal humor podía venir de que me había paseado por el jardín en compañía de una prima suya que me era completamente

indiferente, ó bien de cualquiera otra causa análoga. Lo adivinaba, en efecto, pero no decía ni una palabra. Decirlo habría sido lo mismo que atizar sus sospechas. —¿Qué es lo que tienes? —la preguntaba. —Pues nada, estoy lo mismo que todos los días, —me respondía, y sin embargo, se ponía arrebatada como una loca, empezando á decir palabras poco razonables y que carecían de fundamento. Algunas veces daba pruebas de paciencia extraordinaria; otras, estallaba la tempestad y arrastraba á cada cual por su lado; aquello era una lluvia de ultrajes, y recibía en pleno rostro la acusación del pretendido crimen. Desbordábase y venían después las lágrimas, los sollozos, ó se marchaba corriendo para irse á ocultar á sitios tan inverosímiles, que no era posible sospechar hubiese ido á buscar refugio en ellos, costando gran trabajo el

hallarla. Avergonzado, poníame á buscarla en presencia de los hijos y de los criados. ¡Era necesario hacerlo, porque sabía que era capaz de todo! La seguíamos, la encontrábamos, ¡y qué noches más terribles después! No se oían más que palabras amargas, acusaciones penosas, y sólo después de algunos ataques de nervios, recobrábamos nuestra calma. Sí, esos celos sin causa son la plaga de nuestra vida conyugal, y confieso que me han hecho sufrir de una manera horrorosa mientras duraron.

Hubo dos épocas en que mis sufrimientos fueron más intensos. La primera de esas épocas se remonta al nacimiento de mi primer hijo, cuando tuvimos que tomar un ama de cría por haber prohibido los médicos á mi mujer el que lo criase. Esos celos provinieron al principio de la inquietud de madre que mi esposa experi-

mentó respecto al que, sin culpa, venía á ser un trastorno en la regularidad de nuestra vida; pero más que nada, provino de lo que ví respecto á la facilidad con que renunciaba á sus deberes maternales, lo que contribuía á que dedujese, tanto por instinto como razonadamente, que con la misma facilidad podía abandonar los deberes de esposa, tanto más cuanto que gozaba de una salud excelente y que, á pesar de la prohibición de los médicos, dió el pecho con gran éxito á los hijos que tuvo más adelante.

—Me parece que no tenéis en mucha estimación á los médicos,—le dije, al observar como se alteraba su voz y cambiaba de expresión su fisonomía cada vez que hablaba de ellos.

—No se trata de estimarlos ó no, sino de que echaron á perder mi vida como la de tantos otros, y no puedo

menos de querer buscar el enlace entre la causa y el efecto. Admito que quieran, lo mismo que los abogados y otros muchos, ganar dinero; yo les abandonaría la mitad de mi fortuna, estando seguro de que todo hombre que los conociese obraría del mismo modo, si consintiesen en dejar de ocuparse de nuestra vida de familia y renunciasen á mezclarse en cosas que no les importan. No he consultado la estadística, pero conozco personalmente á muchos y sé de centenares de casos, y los hay á millones, en los que han matado al niño en el seno de la madre, pretendiendo que ésta no podía dar á luz, ú otras veces á la madre á consecuencia de una operación.

No se tienen en cuenta esas muertes, del mismo modo que se han olvidado los asesinatos de la Inquisición con la convicción de que eran útiles

á la humanidad. Los crímenes cometidos por los médicos son incalculables, pero no representan nada al lado de la putrefacción moral que engendra el materialismo del que son los padres y que extienden por el mundo con la ayuda de la mujer. No haré hincapié en el hecho de que, siguiendo sus consejos, llegaríamos, por la fuerza del contagio, no á la unión, sino á la desunión completa. Según sus máximas, deberíamos pasar el tiempo en el descanso y el aislamiento y empleando el ácido fénico del que hoy ya empiezan á decir que no vale nada. Mas no es esto lo peor. El veneno más fatal, más violento, es la corrupción hacia la que impulsan la humanidad, con especialidad á la mujer. No puede hoy día decirse uno, ni á sí mismo ni á los otros: «Llevas una vida deplorable; corrígete.» No, no se puede decir eso, por-

que cuando se lleva mala vida, ésta es consecuencia de una enfermedad nerviosa ó heredada ó de una cosa parecida. Entonces se va á consultar á los médicos, y mediante una cantidad más ó menos crecida, recetan medicinas que la farmacia facilita; se pone uno más enfermo, vuelta otra vez al médico y de éste al boticario. ¡Buena invención, en verdad!

Volviendo al asunto de que nos ocupábamos, os diré que mi mujer crió muy bien á sus hijos y que éstos sirvieron mucho para calmar los sufrimientos que me ocasionaban mis celos, mas ¡ay! fueron la causa de nuevos trastornos. Puede, sin embargo, que esto conviniese, porque la catástrofe se retrasó: los hijos nos salvaron durante algún tiempo, Durante ocho años mi mujer tuvo cinco hijos, á los que ella misma crió.

—¿Y en dónde están ahora vues-

tros hijos?—le pregunté.— Quiero decir...

—¡Los hijos!— exclamó y la mirada le centelleó.

—Dispensadme, pues tal vez evocé algunos recuerdos que os son penosos.

—No, nada de eso... La familia de mi esposa se hizo cargo de ellos. Habríales cedido toda mi fortuna con tal de que me permitieran educar á mis hijos, pero como paso por loco, se negaron á entregármelos. Esto es una desdicha, porque yo les hubiera educado de modo que no se parecieran á ninguno de ellos... Después de todo, quizás vale más que sea así, porque no sirvo para nada.

XVI

Fueron naciendo los hijos con bastante rapidez, y con ellos vino tam-

bién lo que viene siempre con los niños y los médicos. Sí, los hijos, el amor maternal... ¡Una de las galas de la vida! Para las mujeres de la clase social á que pertenecemos, los hijos no son una alegría, un orgullo, ni el cumplimiento del destino, sino que se convierten en una inquietud, en un terror, en suplicios y castigos. Respecto á ese punto no se muerden la lengua para manifestar lo que piensan. Los hijos son para ellas un tormento, no por su nacimiento, por tenerlos que criar y por los cuidados que exigen, porque las mujeres,—y entre ellas la mía,—tienen un sentido maternal muy desarrollado que hace estén prontas para toda eventualidad, sino porque pueden enfermar y morir. Si temen el acto de dar á luz, no es porque rechacen el cariño de los hijos, sino porque temen por la salud y la vida del amado recién nacido.

Por esa razón es por lo que generalmente no quieren darle el pecho. «Si le diese de mamar,—suelen decirse,—le tomaría mucho cariño, ¿y si se muriese después?» Casi estoy por decir que preferirían muñecos de goma que no estuviesen expuestos á caer enfermos ó á morirse y reemplazables con facilidad; ¡qué extrañas confusiones hay en la cabeza y en el corazón de las pobres mujeres! ¿Por qué evitan el tener hijos? Por miedo á tomarles demasiado cariño.

Temen al amor como á un peligro, á pesar de que es un estado ideal del alma; ¿y por qué? Porque el hombre es peor que la bestia cuando no vive como *hombre*. La mujer no considera al hijo más que bajo el punto de vista del placer. El principio es muy penoso, pero muy pronto: ¡Oh, esas manitas! ¡Estos piecitos! ¡Este vagido! ¡Esas medias palabras! En re-

sumen: ese amor maternal bestial, todo él procede de la sensualidad. No se piensa siquiera en la misteriosa aparición del nuevo sér destinado á ocupar nuestro lugar, que ya se le asigna desde que se le bautiza. No se cree, y sin embargo, esto no es más que la advertencia de la importancia que tiene el recién nacido en la humanidad; no se hace caso de todo ésto; no se cree en ello; no ha sido reemplazado por nada y no tenemos más que los encajes, las manecitas, los piececitos, en una palabra, lo que es inherente á la bestia. La única diferencia que hay es que ésta no tiene razón ni entendimiento ni tampoco médicos, sí, médicos. El ternero perece, el potranco muere, la vaca muge y la gallina cloquea, siguiendo así las dos su vida. ¿Qué se hace entre nosotros cuando cae enfermo un niño? ¡Pronto, socorro, ayuda! ¿Qué

médico escoger? ¿A dónde ir á buscarle? Y si el niño se muere, ¿en dónde están las manecitas, los piececitos? ¿A qué ir en busca de esos sufrimientos?

La vaca no va ni tan deprisa ni tan adelante. Esta es la causa de que los hijos sean un verdadero tormento. La vaca, que no tiene razón, no piensa en los medios que podría emplear para salvar su cría; por eso la pena que experimenta en su estado físico no es más que un *estado* y no un *dolor*, que contribuyen á exagerar la calma y la saciedad. No puede la vaca preguntarse el por qué de sus dolores y la razón de su cariño, puesto que la cría debía morir; no tiene raciocinio que la diga que quizás en el porvenir no tendrá más hijos, y que si los tiene es inútil que les amamante y que les quiera, puesto que ese cariño sólo produce sufrimientos. Este es preci-

samente el razonamiento que se hacen nuestras mujeres todas, y el hombre es la peor de las bestias si no vive como hombre.

—Con arreglo á vuestras ideas, ¿cómo tratar humanamente á los hijos?

—¿Cómo? ¡Queriéndoles como á hombres!

—Pero ¿no aman las madres á sus hijos?

—Sí, pero no humanamente, ó al menos, rarísimas veces: ni siquiera los quieren como la perra á sus cachorros. Fijáos en una cosa, y es la de que la gallina, la oca, la loba, serán siempre para la mujer un modelo inimitable de amor maternal. La mujer que se arroja al paso de un elefante para salvar á su hijo es un caso de los más raros. Al contrario, la gallina, el gorrión hembra, se arrojan atrevidamente sobre el perro y se sa-

crifican por sus pequeñuelos, y es cosa realmente extraordinaria el que se cuente un caso igual de una mujer.

Observad que la mujer tiene la facultad de privarse del amor físico que profesa al hijo; la bestia no puede hacerlo. ¿Quiere decir esto que la mujer está por encima de la bestia? No, precisamente la es superior, por más que *superior* no es la palabra exacta, no es que la sea superior, sino que debe ser de otra esencia, porque tiene además otros deberes, deberes humanos. La mujer puede privarse de ese amor físico por la razón de que ese amor lo concentra por completo sobre el alma del niño. Este es el papel propio de la madre, y que no se encuentra en nuestra sociedad.

Los relatos referentes á mujeres heroicas que han sacrificado sus hijos á un ideal, lo consideramos como cuentos de la antigüedad que no pue-

den conmovernos. Por lo que á mí hace, creo que la madre carece de ese ideal, al cual habría podido sacrificar su amor físico por su hijo, si gasta toda la fuerza fisiológica de que dispone para intentar lo posible, cuidando á su hijo con ayuda de los médicos, no conseguirá otra cosa que hacerse más desgraciada, experimentando siempre las mismas contradicciones y sufrimientos.

Esto mismo fué lo que se realizó con mi mujer, á la que importaba muy poco tener un hijo ó cinco; al contrario, fué mejor que tuviese esos cinco. Nuestra existencia entera se perturbó con el temor de que les ocurriese un accidente, con enfermedades reales ó de pura imaginación y á veces hasta sencillamente con su sola presencia. En cuanto á mí, mientras duró mi vida conyugal, comprendí perfectamente que toda mi dicha y

hasta mis intereses estaban pendientes de un hilo, y que sólo dependían de la salud, del bienestar y de la actividad de mis hijos.

Los que ocupan el primer lugar son los hijos, y sin embargo, es preciso que todos vivamos. En nuestros días, los padres no tienen vida propia; toda su vida está anudada á un cabello; no hay vida conyugal ni vida de familia. Por muy importante que pueda ser el negocio cuya conclusión nos preocupa, lo dejamos, olvidándolo y descuidándolo, desde el momento en que nos anuncian que á Vasía le duele el vientre, ó que á Lisa le hace daño la garganta. Sí, lo olvidamos todo para no pensar más que en el médico, en el boticario y en la temperatura normal ó anormal del enfermo.

Debo añadir que es imposible enta-

blar una seria conversación sin que, en el sitio más preferido que sea, no penetre Pedro en la habitación para pedir que le den una manzana, ó para preguntar qué traje le han de poner, ó sin que la nodriza se presente llevando un chiquitín que llora. La verdadera vida de familia no existe. Todas nuestras acciones, toda nuestra manera de ser dependen de la salud de los hijos, y la salud de éstos no depende de nadie en el mundo, así que nuestra vida entera puede verse aniquilada por los médicos que pretenden ser los dispensadores de la salud. Esto no es vivir; es estar oyendo continuamente el «¡Quién vive!» el «¡Alerta!» pues un peligro se sucede á otro, y hay que redoblar los esfuerzos para defenderse mejor; se encuentra uno en la misma situación que el buque que zozobra.

Muchas veces me figuré que los te-

mores de mi mujer por los hijos eran ficticios, y que apelaba á ellos para mejor conseguir la victoria sobre mí, al mismo tiempo que lograba resolver fácilmente y en su favor todas las dificultades. Entonces creía yo que todos sus actos y sus palabras todas iban en contra mía, y hoy me doy cuenta de que sus enojos y sus tormentos causábanlos los hijos y el buen ó mal estado de la salud de éstos. Esto, lo mismo para ella que para mí, era un verdadero martirio. Y no obstante, los hijos eran para ella fuente de olvido y colmo de embriaguez. Observé con mucha frecuencia que en medio de su tristeza y al estar enfermo uno de nuestros hijos, encontraba como un alivio á sus penas sumiéndose en aquella especie de anhelo que le producía el cuidado... Ese anhelo, esa singular embriaguez eran forzados, porque

faltaba toda distracción de otra clase.

A cada momento la contaban que la señora X... había perdido dos hijos; que el médico Tal salvó los de la señora N... y que en otra familia habían cambiado de aires, evitando así que se muriesen los niños. Como era natural, los médicos, pavoneándose, confirmaban el hecho, y esto contribuía á afirmar las creencias de mi esposa. Es indudable que habría querido no tener miedo, pero bastaba con que el médico pronunciase estas palabras de «envenenamiento de la sangre», «escarlatina» ó ¡Dios nos libre de ella! de «difteria», para que se trastornase, y no era posible que sucediese de otro modo.

Si las mujeres del día tuviesen las creencias de las mujeres de los pasados tiempos, que decían: «Dios nos los dió, Dios nos los quitó», que el alma del niño vuela á Dios y que la

muerte hace de él un bienaventurado porque mueren en la inocencia y no en el pecado, y en fin, si tuviesen esa ciencia que tan generalizada estuvo siempre en los pasados tiempos, si tuviesen un sentimiento que recordase en algo esa fe, conllevarían con más valor y calma las enfermedades de los hijos; pero no conservan ni la sombra de esa fe que desapareció para no volver.

Y, sin embargo, la humanidad tiene necesidad de una creencia, y por eso la mujer cree ciegamente en la medicina, mejor dicho, en la medicina no, en los médicos. Para ésta, el mejor médice es el doctor A.; para aquella el doctor B., y cual les pasa á todos los fanáticos, no se dan cuenta de los defectos, de las faltas del ídolo; creen por qué sí, *quia absurdum*. Si no se mostrasen tan testarudas con una creencia cualquiera, por

poco razonada que sea, es seguro que se darían cuenta exacta de la falta de fundamento, al mismo tiempo que de la vanidad y de la prosopopeya de esos asesinos.

La escarlatina, por ejemplo, es una enfermedad contagiosa; ¿qué se hace cuando se presenta? pues llevar la mitad de la familia á una fonda ú hotel. A nosotros nos pasó dos veces ésto. En una población importante, todo individuo es el centro de un gran círculo, en el que se cruzan un sinnúmero de diámetros que no son más que otros tantos hilos conductores de contagio contra el que no hay muro protector; panaderos, sastres, cocheros, planchadoras, lavanderas, todo, en fin, contribuye á la propagación del mal. Me vanaglorió de poder probar á aquel á quien una enfermedad contagiosa arrojó de su casa, que otra enfermedad, quizás

tan peligrosa como la que le hace huir, ó tal vez aquella misma, le espera en su nuevo domicilio. No hay nadie que ignore el caso sucedido á unas personas ricas que, habiendo mandado derribar la habitación en que tuvieran un enfermo de difteria, cayeron enfermas en esa misma habitación construida de nuevo. Hay centenares de personas que viven en íntimo contacto con los enfermos y que, sin embargo, no se contagian.

He ahí la verdad y he ahí cuál es la actitud de las mujeres. Una dice que su médico de cabecera es excelente: «¡Cualquier cosa! — exclama otra; — ¡vaya un médico que mató á Fulano!» Y viceversa. Presentad á nuestras señoras un médico de aldea y no tendrán en él la menor confianza; llamad por el contrario á otro médico que gaste coche, que adquirió los mismos conocimientos que el

otro en los mismos libros, aulas y clínicas, pero que pide cien rublos por visita, y en este último tendrán confianza absoluta.

No saben siquiera nuestras mujeres qué es lo que quieren, porque habiendo perdido la creencia en Dios, unas tienen fe en las echadoras de cartas, en las sonámbulas y en las curanderas, y otras en el afamado doctor N., porque exige honorarios elevados y tiene muchas excentricidades. Si tuviesen fe, sabrían que la escarlatina y otras enfermedades del mismo género no son tan temibles, questo que no pueden hacer el menor daño á la única cosa que el hombre puede y debe amar, que es el alma. Sabrían también entonces que todo cuanto pueda sucedernos son acontecimientos que no podemos evitar: la enfermedad y la muerte. Esa falta, esa carencia de creencia en Dios, son las

que hacen que su amor sea puramente físico y pasen todo el tiempo empleando sus energías todas en realizar una utopia: ¡la de la prolongación de la vida! Utopia cuya realización prometen los médicos á los imbéciles y especialmente á las mujeres; así es que éstas, al vislumbrar el menor peligro, acuden á ellos.

Nuestros hijos no contribuyeron á suavizar nuestras relaciones ni á la unión más perfecta é íntima, sino que, por el contrario, sirvieron para acentuar nuestra desunión, siendo una causa más de disgusto. Desde el día en que nacieron se convirtieron para nosotros en un arma de combate, en un pretexto más para disputar, porque cada uno de nosotros tenía un favorito, que era para él un arma para la lucha. El mío lo era Vasia; el de mi mujer, Lisa, la hija mayor. Cuando crecieron y su carácter se fué

perfilando, los considerábamos como aliados que queríamos atraer á nuestro partido. Su educación sufría, naturalmente, á consecuencia de esta situación anormal, mas ¿qué hacer? Con nuestras eternas disputas no podíamos ocuparnos de aquellas pobres criaturas. El niño era aliado mío; en cuanto á la niña, la mayor, que era la aliada de mi esposa, á la que se parecía mucho, había momentos en que yo la tenía ojeriza.

XVII

Habitábamos al principio en el campo y luego en la capital, y á no ser por la catástrofe que más tarde nos hirió, habría llegado de ese modo á la vejez y al lecho de muerte figurándome haber llevado una vida feliz, es decir, no más desgraciada que la de la mayoría de mis semejantes. De

ese modo no habría tenido la intuición de la vil mentira que me rodeaba, ni habría comprendido que todo aquello no era lo mejor ni lo más bueno siquiera. Lo que sí hubiera sentido con más fuerza, hubiese sido que yo, que debí ser el amo, no fuí más que el esclavo de mi mujer, porque había sido ella y no yo quien llevó siempre, como vulgarmente se dice, los pantalones, por más esfuerzos que hice para quitárselos. Mis hijos fueron la causa de que yo perdiese la autoridad y, á pesar de mi deseo, fuéme imposible libertarme y recobrarla. Contaba mi mujer con los hijos, y por consiguiente con la dominación. No comprendía entonces sino que estaba en su derecho, un derecho basado en que, en la época de nuestro casamiento, se hallaba moralmente á cien codos de altura sobre mí, del mismo modo que toda recién